

# Kunán y Yathzú

*Por: Carol Johanna Antury Camacho  
Estudiante trabajo social  
Uniclaletiana – Neiva*

Hace siglos, jaguares, aves exóticas, tapires, cerdos salvajes, y cientos de especies animales y vegetales; coexistían armoniosamente con las culturas indígenas que habitaban un maravilloso territorio, en algún lugar del mundo. Este específicamente era un lugar de clima templado, donde al amanecer, podía escucharse el canto de las aves; el ruido de los micos en los árboles, el despertar de la vida, al cielo y a esa hermosa colina donde se veía una combinación efímera de colores cálidos entre naranjas y violetas, que se mezclaban danzando en un fondo de nubes entre amarillo y azul claro; las aves, daban un corte de color negro por su sombra, cuando atravesaban ese colorido cielo con esplendorosas alas en busca de alimento. En una de esas tribus, donde las casas son juntas una de la otra, también pequeñas y tienen una base de palma seca con adornos de coco, habitaba un niño curioso, de grandes ojos indígenas y piel nativa más pura que el agua que vertía de entre las montañas; sus manos, rústicas por la inquietud de su mente, que le llevaba a experimentar con rocas, tintes y demás, en la creación de obras de arte, que en su inocencia no eran más que pasatiempos con los que se divertía y servían de regalos para sus padres y amigos.

Él tenía siempre el objetivo, de crear algo diferente; como objetos que nunca antes se hubiesen visto, elementos que pudieran ser ofrenda para Tulán Galú, Dios de la vida o de la naturaleza. Esta vez, este especial aventurero, tenía la misión de crear algo realmente fabuloso, un elemento con el que iba obtener el respeto y reconocimiento de toda su tribu, quien lo cuidaba de más, por ser pequeño y vulnerable; su madre Kanza, lo consentía mucho, y él ya se encontraba cansado de que le trataran como una cría, se sentía grande, casi iba cumplir los 10... Kunán, como le llamaron sus padres;

era un ser único, creativo, travieso, solía alejarse de la tribu para explorar otras partes del territorio; para este nuevo propósito, necesitaba conseguir pigmentos de colores nuevos, rocas con formas, semillas extrañas; esta vez debía ignorar, nuevamente las recomendaciones de los mayores, ellos que insistían en no abandonar la zona “segura”, pues el territorio era hostil; ya que lo habitaban víboras venenosas, jaguares hambrientos, sin contar con pisos falsos de grandes hoyos creados por la naturaleza, que descendían a profundidades inexploradas; de las cuales habían historias de personas cayendo en esas trampas naturales jamás se volvieron a ver, también cuentan que de allí, ascienden criaturas horroríficas creadas por los mismos Dioses, como castigo a la desobediencia. Estos hoyos son cubiertos por ramas y hojas secas que caen de los árboles. En una mañana fría, donde el olor de huevos de pato cocidos con legumbres; estaban listos para servir, aromatizaba toda la aldea desde la cocina comunitaria; Kunán abrió sus ojos perezosos antojado por el aroma que entraba en forma de delirio por la nariz, y baboseado por Lluvia, su perrita café de ojos alegres, se levanta con sus cabellos desordenados costándole mucho desprenderse de la suave manta amarilla que le tejió su abuela antes de nacer, entonces escucha la voz cariñosa de Kanza, su madre: - “Kunán, van tres veces que te llamo pequeño, levántate para que tomes tu desayuno nariz de Pelayo adornada de carmín”... -Kunan: “mamá, cuantas veces te he dicho que sólo me llames por mi nombre, para eso me diste uno, además casi voy a cumplir 10, ya estoy grande”... En un abrazo consentidor salen al comedor donde están todos e inician el agradecimiento a Tulán Galú por parte del Taita Chimandú. El ritual concluye con una danza y el inicio de la preparación del almuerzo. Las mujeres están en el salón de cocina, los hombres van a cazar, es la rutina de los días que no

son especiales, es como se organizan aquí para vivir; los niños van con los taitas y las mamas para aprender, es un día tranquilo como cualquier otro, excepto por la niebla que está espesa... pero para Kunán no; para él, es un día especial; la niebla ofrece una señal especial; además recordaba, los huevos sabían especial; su olor delirante también era especial... que extraño, todo lo que recordaba Kunán de este día había sido especial... recordaba al igual que pronto sería su cumpleaños número diez, que debía apurarse con su nuevo elemento, ese que presentaría a todos y con el que se asombrarían de su talento, además de lo grande y capaz que era; ya que su tradición el día del cumpleaños, se trataba de enseñar a la comunidad lo que aprendió durante ese año, un talento, una comida, o una ofrenda del cumpleaños para los Dioses y su comunidad; así que esto le impulsó a escabullirse de las clases; por ser un día especial, seguro al buscar, encontraría afuera cosas fantásticas que le servirían para su obra; de modo que silbo a Lluvia para que le acompañara, se puso un abrigo y zapatos de pieles que le regalaron sus padres el cumpleaños pasado, y se colgó su mochila favorita tejida de lianas marrones. Caminó por un sendero diferente, era un día diferente, y dejó rastros de pintura en los árboles como siempre lo hacía para recordar su regreso; esta vez utilizó tinta de Tajaye, que daba un color más vivo, y aunque era escaso, era un día especial y merecía que lo gastara en ello. Kunán disfrutaba como nunca ese día, aprovechaba los pocos rayos de sol que se colaban entre las ramas para calentarse un poco; la cola de Lluvia no dejaba de menearse de un lado a otro, definitivamente era un día especial. -“Lluvia, mira allá, ¿lo ves? Ese árbol tan extraño, pero está lejos, muy lejos, y me queda poca tinta de Tajaye... creo que nos alcanza... ¿tú qué crees Lluvia hermosa? ¿Crees que nos alcance? ¡Ah! pienso igual, si nos

alcanza, vamos a ver que semillas y tintes encontramos en él, aún tenemos tiempo”. Seguro de que encontraría ahí una gran fruta exótica con su semilla sin igual, emprendió el viaje aparentemente corto y llevo consigo algunas frutas que encontró en el camino por si la sed y cantando avanzó –

“ho,ho,ho,

talake talake

ho,ho, ho

En mi grande aventura aquí voy yo...

ho,ho,ho, talake talake ho,ho,

En mi grande aventura aquí voy yo”...

Una nube oscureció el cielo, y Lluvia se tornó ansiosa, -tranquila amiga, pronto regresaremos, falta poco. Pero Kunán sin advertirse, resbaló en el suelo lleno de hojas secas; mala suerte, había caído en uno de los grandes agujeros de las historias que los taitas le advirtieron; ese agujero parecía un tobogán de ramas pequeñas y barro, húmedo y resbaloso, no podía agarrarse de las ramas, pues iba a gran velocidad, creía que moriría allí; mientras avanzaba, su corazón latía más fuerte, y sus manos toscas no encontraban un lugar donde reposar sin ser lastimadas, era el fin... su mente alcanzo a imaginar si al caer con vida, que animales o seres vivían en esas profundidades, se preguntaba si salía con vida, ¿cómo regresaría a casa?, ¿cómo subiría de nuevo al camino?, pensaba en su mama y que nunca volvería a verla, tampoco alcanzó a ofrecer nada a los Dioses y de ese modo ¿cómo iría al cielo?; Entonces, se le ocurrió hablarle a Tulán Galú, le pidió que le conservara con vida, que le permitiera regresar a su cumpleaños y a cambio, le ofrecería algo que nunca nadie le ofreció

antes. Llorando y gritando sus palabras a Tulán Galú, por fin cayó a tierra firme. Casi desmayado, dolorido de las nalgas, la espalda y las manos, cansado de la lucha entre él y sus temores, agradeció a Tulán Galú el estar con vida y se compuso unos minutos del mareo que le causo la falta de oxígeno. Kunán se encontraba vivo, solo, en el lugar más temido por su tribu, a quien sabe cuanta distancia de su casa y muy asustado; sus piernas temblaban y sus lágrimas aun caían, pero Tulán Galú le había permitido caer con vida, de modo que debía continuar ya que este le había demostrado que esperaba su ofrenda y que lo llevaría a casa. Ya caía la noche, estaba oscuro y no podía ver qué clase de lugar era al que había llegado, había ruidos extraños, sonidos que jamás había escuchado, su corazón no paraba de latir fuerte, sólo imaginaba los monstruos de las leyendas que habían contado, pero estaba rendido, su cuerpo no podía resistir en pie, Si que fue un día especial; así que se recostó en un árbol y se durmió. Un rayo de luz calienta el rostro de Kunán, abre los ojos un poco y piensa que todo fue una pesadilla; pone su mano en la frente para evitar el sol y su cuerpo dolorido le recuerda la caída, la sangre coagulada en su mano se lo confirma, estaba en ese lugar desconocido, era real. Así que su mente se llena de tristes recuerdos de su aldea, se levanta para ver donde se encuentra, recupera la conciencia abre bien sus ojos y ve a un ser, parece humano pero es diferente, no le da miedo, este parecía haberlo cuidado, se asombra al ver su piel, era de color como el carbón que quedaba después de la fogata, con el que muchas veces dibujaba, sus labios eran gruesos y un poco más claros, sus ojos eran grandes y profundos, sus manos en la palma eran más claras; tenía en sus muñecas un material que brillaba como el sol, y en su cuello unas piedras verdes que se parecían al reflejo del agua, era maravilloso lo que estaba viendo,

no eran monstruos temerarios como los describieron, era otro ser humano, pero como solo él había visto. Ambos se miraban uno al otro, curioseaban sus diferencias de ropas, cabello y las cosas que traían puestas. Intentó comunicarse con él pero hablaban otro idioma, no entendía su lengua, sólo pudieron intercambiar sus nombres. —“Kunán, me llamo Kunán, tu nombre, dime tu nombre, yo Kunán, ¿y tú?” —“Yatsú”, contestó su nuevo amigo. Kunán intentó por todos los medios explicarle a Yatsú lo que le había sucedido, algunas cosas se entendieron, otras no. Yatsú llevo a Kunán hacia un lugar, el cual este siquiera podía creer, era una montaña de rocas, donde había piedras pegadas en ellas que parecían ser el material del que estaban hechos los accesorios de Yatsú, brillaban como el sol pero no tomo ninguno. Yatsú le hizo señales a Kunán de guardar silencio y este calló. Continuaron caminando sigilosamente hasta llegar a unas cuevas de rocas en las montañas, de donde salía una luz verde que emanaban unas piedras grandes, y su reflejo era como el agua, pero no tomó ninguna; allí comenzó a ver muchas personas de la misma característica de Yatsú, cuando llegaron, le dieron un enorme regaño, pues al igual que Kunán, este había escapado de casa, eran un par de aventureros, sólo que uno había regresado a casa. Todos los demás altísimos hombres del color del carbón, examinaban a Kunán como si fuera una criatura de la selva, o algo extraño y discutían por largos ratos entre ellos; parecían elegir sobre qué hacer con el muchacho, finalmente la discusión fue interrumpida por unas aparentes señales que emitían personas que venían de afuera, silbaban parecido a las aves, pero más fuerte y el lugar se llenó de tensión, todos estaban asustados, algunas mujeres que tenían unos peinados extraños, que se elevaban hacia el cielo como enredaderas, agarraron a sus hijos pequeños y lloraban aterradas; definitivamente algo

terrible estaba sucediendo. Pronto recogieron sus cosas, a sus hijos y empezaron a huir desesperados; el corazón de Kunán nuevamente empezó a latir fuerte, no sabía qué hacer, sólo miraba hacia el lugar de donde venían los ruidos y lo que parecía ser un galope de animales grandes. Yatsú halo fuerte la mano de Kunán, corrieron juntos con todas las personas que salían de los escondites hacia un rio, era el rio más grande que jamás había visto, subieron a unos botes de madera y empezaron a navegar, algunos hombres que se quedaron atrás nunca llegaron a las barcas, otros lloraban gritando sus nombres, pero más las mujeres, algunos llegaron heridos, y miro Kunán que la sangre que salía de su oscura piel, también era roja. Entre llanto y gritos de dolor, navegaban rio arriba esas pobres personas a quienes les habían hecho mucho daño, Kunán callaba y presenciaba los relatos de quienes silbaron sin entender mucho, en tanto recordaba cuando estaba en la cueva minutos antes, un hombre blanco con un sombrero de metal blanco, su ropa era también de metal blanco y tenía pelos en la cara, que salían de debajo de su nariz en la parte de arriba de su boca y debajo de sus orejas hasta el mentón, en medio del shock, él había visto las malas personas que venían en unos animales que los cargaban a hacerles daño a estos inocentes que lo habían acogido. Cuando todo estuvo en silencio, donde la voz de la naturaleza se escuchaba, los remos que golpeaban los botes y el ruido del agua, Kunán pensaba en sus padres, en lo angustiados que estarían, comenzó a orar a Tulán Galú para que todo terminara, así que después de navegar todo el día, se detuvieron en una orilla para pasar allí la noche. Comieron peces que en el camino habían cazado, buscaron agua de la montaña para tomar, y curaron sus heridas con unas mezclas de hierbas que habían preparado para sus heridos, al igual que en su tribu, con

sabiduría, habían heredado y obtenido un conocimiento profundo de la selva. Kunán y Yatsú cayeron rendidos y durmieron. El golpe de los remos despierta a Kunán, este advierte que Yatsú está cerca de él cuidándole como desde que le vio por primera vez, y le toma de la mano en señal de agradecimiento; advierte el paisaje más maravilloso que ha visto en su corta vida, el río es tan transparente que se ve el fondo y entre los peces hay unas especies bastante extrañas y coloridas que parecen de un sueño, en las montañas hay unas cascadas de agua que caen con unos arcoíris de colores; las personas grandes del color del carbón no saben qué hacer, parece que discuten sobre el camino que tomarán, Kunán está tan triste, piensa en Lluvia y la última vez que la vio. Al parecer, ellos deciden qué entraran a la selva, dejan ir los botes para despistar a las personas blancas con pelos amarillos en la cara y tajos de metal, todos ven con tristeza como se marchan los botes por el río a la merced de la corriente, Yatsú nunca había estado tan triste en su vida, arrodillado en la orilla del río, ve su reflejo ondeante y mira al lado el de Kunán, quien se pone a su lado para suspirar juntos tanta desdicha. Continúan la marcha por caminos y tierras desconocidas, en la búsqueda de un lugar mejor y seguro, lo más oculto en el centro de la selva para iniciar nueva vida, Kunán espera algún día volver a ver a su madre, daría todo por escuchar que le trate como un bebé y que le consienta con palabras ridículas mientras le aprieta las mejillas. Tras un par de años en marcha y convivencia, Kunán hablaba el lenguaje de Yatsú, quien lo había adoptado como su hermano, vestía los mismos atuendos y piezas de metal que brillaba como el sol y después de orar a Tulán Galú igual que todos los días; entonces empezó a sentir que era un día especial, que curioso, hacía un frío diferente y había niebla, esa niebla que le hizo respirar profundo; así que observó un

paisaje que le trajo viejos recuerdos, parecía un día especial; así, advirtió en el tallo de un árbol, la pintura de un tono brillante que reconocería aunque hubiese perdido la memoria, era semilla de Tajaye, corrió a un árbol cercano y tenía otra marca de pintura, ¡no podía ser! en un momento su corazón empezó a latir, casi se salía de su pecho, gritó a Yatsú, y todos se alarmaron, Kunán daba grandes saltos que sus amigos más altos alcanzaban con facilidad y curiosidad, hasta que llorando gritaba en su idioma original, el cual su nueva familia de color del carbón entendía a medias, con el que alarmo a los habitantes del lugar al cual corrían. Si, era su hogar, del cual partió en un día especial, para encontrar una ofrenda especial. Kunán hecho ya un hombre, cae en brazos de su madre quien le besa y le bendice como nunca, Lluvia ya vieja y cansada le lame cara; toda su aldea le recibe con cantos de alabanza y alegría, y acogen a los visitantes extraños. La aldea tenía preparada una ceremonia, porque era el día en que Kunán cumplía años aunque él mismo lo había olvidado; esta vez lo celebraron entre los dos pueblos, como ofrenda de vida y unión, que Tulán Galú había enviado a Kunán a conseguir. Lo que pasó con estos dos pueblos, es la unión de dos razas en busca de una vida en PAZ.